

PLACENCIA

Por IGNACIO LINAZASORO

PLACENCIA de las Armas –para ser más exactos– Placencia de los Tornillos, es una de las villas más horrendas de Guipúzcoa –urbanísticamente conceptuada, se entiende.

Es un desfiladero angosto, formado por el contrafuerte pirenaico del Irumugarrieta y el monte San Marcial, con la avenida central acaparada por el río Deva, que se anticipó a los planes del fundador de la población, que a no dudar fue un avisgado contrabandista de armas. ¡Como para encontrar esta guarida geográfica!

El paralelismo entre río y carretera, trazó involuntariamente la primitiva calle de la vieja Soraluze. A la margen derecha del río, se construyó la iglesia parroquial, y en su derredor –exenta de gracia–, fue agolpándose la casería que en la actualidad se encarama al monte, como cabra atrevida.

El ferrocarril anglo-vasco, –que a pesar de su ditirámico titular no deja de ser un tren de "vida estrecha"– ofrece una interesantísima panorámica local a vista de pájaro, para en un santiamén percatarnos de la óptima salud económica que goza Placencia a juzgar por el bosque de antenas de televisión...

Descendemos del ferrocarril de montaña por la empinada calle empedrada; acceso a la antiquísima iglesia, que presume de un artístico retablo de Ventura Rodríguez. Nos sorprenderá un emporio industrial con talleres de tornillería, escopetas o accesorios de automóvil en cada portal, que motivado por la falta de espacio, sirve de pañol de calibrados, bidones de taladrina y otros productos. Los tornos revólveres y autómatas, propinan un ruido molesto, cencerril en su presuroso voltear. Pero es consuetudinario al laborioso pueblo guipuzcoano que actualmente está más pendiente del zumbido de las perforaciones que preparan el ensanchamiento al doble, del puente bicentenario sobre el Deva. Allí se reúnen a presenciar el espectacular apetito de la excavadora y a inspeccionar la marcha de las obras los patriarcas jubilados de la fábrica de cañones. ¡Paradojas de la vida; un pueblo tan pacífico, produciendo armamento para romper la paz!

A pesar de la información de portavoces, en Placencia no hay crisis de trabajo. Los talleres están a tope de producción. Lo que en realidad atraviesan, es una borrasca competitiva que hizo meditar de forma peregrina a un tornillero indígena: "El mercado está difícil y pierdo medio céntimo por tornillo. Pero, ¡como vendo grandes cantidades!".

Este chascarrillo popularizado en el simpático escenario que describo podrá no ser real, pero en el fondo refleja el espíritu laborioso del placentino, que viene a ser como el "slogan" de "primero trabajar y luego ganar".

Lo que he apreciado es que con la puesta en marcha de los Polos de Desarrollo Placencia atraviesa escasez de mano de obra. Me empujan a lanzar tal afirmación los numerosos anuncios que publica la prensa y los siete u ocho, pegados al cristal del

escaparate de una céntrica ferretería, que dado el carácter afable de su dueño, sirve de oficina de colocación.

En contraposición a la angostura del barranco de Soraluze (nombre original de la villa) lo anodino y plúmbeo de sus vetustas arterias, la idiosincrasia de sus moradores es extraordinariamente agradable, abierta; salpicada de irónicas repentizaciones y frecuentes anécdotas chispeantes que ya han sido recogidas en una graciosa antología, debida a la ágil pluma del académico de la Lengua Vasca, mi buen amigo Juan San Martín. ¡Gente de mucha sombra, la placentina!

Las autoridades, auxiliadas por una comisión de hidalgos espirituales, han tomado conciencia de una triste, vulgar, inveterada costumbre que desmerece del virtuoso ramillete de virtudes comunitarias. Igual que, desgraciadamente, sucede en la mayoría de nuestros pueblos. Quizá más enérgicamente se hubiese expresado el ilustre "errikoseme" doctor Ibáñez de Irure, médico personal del rey Carlos V, al observar el sistemático, masivo y cotidiano chiquiteo, ese beber sin necesidad de mil vinos diferentes, alquimizados. Ese culto al vino, origen de un 70 por 100 de casos oficialmente reconocidos, en los 800 varones perturbados, recluidos en Santa Águeda y del medio centenar de enfermos del psiquiátrico.

Ha llegado la hora de despreciar eufemismos, presentando la cruda realidad de los estragos que ha causado y causa el alcohol en Guipúzcoa. Todo cuanto hagamos por desviar a la juventud del absurdo chiquiteo, merece un cálido apoyo.

Vaya, por tanto, mi felicitación a don José Luis Larrañaga, alcalde de Placencia, por su acertada idea de montar una biblioteca pública, precisamente en un local que se me antoja ha de tener su "atracción" para los "zurruteros", ya que se trata de la antigua alhóndiga municipal. ¡A ver, a ver, si la pez sirve de cebo y pican!, ya que por persuasión será difícil romper una tradición.

Realmente que el traspaso de una bajera popular para cambio de negocio tan arriesgado –de "alhóndiga a biblioteca"– en un pueblo que precisamente es de los que conserva los primeros puestos provinciales en el consumo de vinos y licores "per capita", me ha parecido una experiencia osada, que retrata el espíritu tenaz, firme de los señores que se proponen, no solamente abrir un salón de lectura (que con las ayudas oficiales resulta más o menos sencillo) sino llenarla de lectores distraídos precisamente a las ataduras del dios Baco.

Sugiero a los ediles, que para efectuar un ensayo psicológico, conserven el decorado interior de la alhóndiga, para que a los asistentes se les pueda ofrecer tomos y "tomas" al mismo tiempo. ¡Feliz el día en que apreciemos a Noé, tanto por la construcción del arca (salvación) como por la plantación de la vid (perdición... para muchos!. Celebraría Guipúzcoa con salvas de cañones "made in Placencia" el éxito de su biblioteca. Amén.